

El capataz

Seudónimo: Mery

*No cedas frente a los malvados
sino oponte a ellos ardientemente*
Virgilio

*El dolor no es parte de la vida,
se puede convertir en la vida misma*
Frida Kahlo

Casi era una niña, quince apenas cumplidos, una tierna flor de hermosa primavera recién eclosionada a la vida, pero parecía mayor, la vida había ido moldeando a Lucía a golpe seco para marcarle los rasgos, para hondarle la mirada, para madurar su cuerpo sin calor ni miramiento, para que la sonrisa se le rompiera en los labios con una brizna de tristeza ineludible.

Cada vez que entraba en aquella gran nave, en la que el zumbido de las máquinas funcionando era atronador, las miradas y el revuelo de los suministradores de material (telas, hilos, botones, etc.), del encargado de mantenimiento, de los transportistas que retiraban las prendas ya terminadas, etc., la seguían por entre el laberinto de pasillos conformado por las máquinas de coser, de hacer ojales, de pegar botones, de remallar, los compresores, las calderas y las planchas, hasta llegar donde su madre llevaba años trabajando. Era planchadora, echaba diez y once horas diarias de pie —tenía las piernas reventadas por las varices—, recibiendo el calor, no solo de los motores de las máquinas y del vapor de las planchas, sino de todos los polvorientos tubos fluorescentes que pendían del techo, de todas las respiraciones acumuladas en un deslucido habitáculo ubicado en un semisótano, sin otra climatización que dos pequeñas ventanas que daban a un patio interior y un nauseabundo olor a sudor y poco aseo. Lucía había entrado como aprendiz, paso preliminar para entrar luego como trabajadora oficial, llevaba pocos meses y tenía un horario más reducido. El sueldo en estos talleres de costura era ya de por sí bastante exiguo, cuando lo había, ya que cuando entraban de aprendizas no ganaban nada y se dedicaban a pegar entretela con las planchas, remallar, quitar hilachos, etc., hasta que se las consideraba rentables y entonces le hacían firmar un contrato precario. En cuanto al horario, solo era un referente, sabían cuando entraban pero la salida podía demorarse hasta lo indecible, a algunas las obligaban a quedarse después que los demás se

fueran para hacer tareas de limpieza y su actividad, a veces, sobrepasaba el espacio del taller, estando siempre a disposición de los dueños o mandamases del mismo para cualquier tarea.

Por entonces los tres oficios principales en los que trabajaban las muchachas eran, o bien en los servicios personales y del hogar, o bien en el comercio minorista, o bien en el sector de la confección. La mano de obra en estos talleres estaba compuesta, en su mayoría, por chicas de entre quince y veinticinco años, y es que la costura, tradicional oficio de mujeres, era la actividad preferida por las madres, que veían este trabajo compatible con su educación de género y, en alguna medida, con su futura vida marital. Son una fuerza de trabajo moldeada en la obediencia y en la sumisión familiar, de la que el capital va a intentar sacar todo el provecho posible.

Cuando Leo, el capataz, hacía sonar el timbre para el bocadillo o el almuerzo, se hacía el encontradizo con la madre y con la hija, que buscaban entre aquel galimatías de máquinas y planchas el aire puro del patio y el agua de alguno de los grifos que había en una de las paredes del patio. El olor penetrante y el tintado polvillo que emanaban las telas, unido al calor pegajoso, el perenne ruido, al cansancio de la faena, dejaban extenuados los cuerpos femeninos y sudorosa una piel blanca —custodiada a cal y canto de las lascivas miradas de ciertos operarios masculinos—, que en verano refrescaban con recato en las piletas de los grifos del patio, sin poder evitar que las batas verdes de cuadritos, uniforme oficial del taller, se ciñeran a sus cuerpos para marcar con precisión la orografía de su cuerpo. Mientras comían se espiaban entre ellas y miraban a Lucía con una extraña mezcla de envidia y pena, la cual no apartaba los ojos de su madre, mezclada entre aquella marabunta de hembras, condenadas a un trabajo infame, que apenas remediaba las necesidades más elementales de la casa. Todas sabían que ahora era Lucía la que estaba en el punto de mira, no solo de Leo, desalmado y cruel por naturaleza, sino de otros machos que frecuentaban el taller.

Leo era el capataz, el jefe puesto por don Evaristo, el cura del pueblo, que era quien había montado aquel taller de corte y confección, al que había bautizado con el nombre de “Nuestra Señora de la Consolación”, valiéndose de subvenciones y otros beneplácitos que la dictadura

de aquellos años concedía y máxime si la gestión provenía de la iglesia. Fueron muchos los talleres de confección creados por este tiempo por personas anexas a la iglesia: curas, conventos de monjas, congregaciones religiosas, etc. Eran las primeras incursiones de la mujer en el mundo laboral y una manera, según don Evaristo, de ayudar a tantas mujeres desfavorecidas —viudas, solteras, huérfanas o involuntariamente abandonadas por sus maridos por cuestiones políticas—, y también a las mozas con aspiraciones a reunir un ajuar decente y tener cierta independencia económica. La situación era denigrante a consecuencia de la represión social y de la precariedad de las condiciones laborales, sueldos miserables, insuficientes del todo para sacar adelante una familia. Esta circunstancia obligaba, entre otras cosas, a que niños y niñas debieran ponerse a trabajar mucho antes de la edad legalmente permitida y a aceptar la mecánica disciplina del sistema, que a su vez se veía reforzada por los términos impuestos por los jefes del taller, que las doblegaban aún más. El agravio psíquico o emocional y la explotación laboral y sexual estaban a la orden del día.

Antes de entrar al taller como aprendizas debían pasar una especie de casting para ver si cumplían, por un lado, los requisitos económicos y civiles o sociales requeridos por don Evaristo e interpretados a conveniencia de Leo, que era quien realizaba el filtro o la criba, y por otro lado, los físicos, estéticos o libidinosos, impuestos por el propio Leo, de quien dependía en última instancia el puesto de trabajo.

Leo no miraba a Lucía sino para desnudarla, para soñarla sumisa sobre una cama, mientras él temblaba de deseo, y pensando en ella se liaba con la primera capaz de venderse por un puesto más descansado fuera de la cadena de trabajo o por unos cuantos retales con su consentimiento, sin que la gobernanta la parara en la puerta y la pusiera en evidencia ante las demás compañeras, sufriendo el escarnio que ello suponía, o bien directamente de patitas en la calle.

Las mujeres, siempre en alerta, notaban el más mínimo cambio de cualquier compañera. No había sino que asistir al espectáculo que brindaban las jóvenes cuando alguna de ellas entraba en relaciones por primera vez con Leo, la recién estrenada llegaba un día que aparecía como

iluminada por dentro y por fuera, ingenua e inocente, lejos de pensar que aquello había sido un calentón del jefe, y a la menor insinuación de alguna compañera se le aceleraba el corazón y se le mudaba el color del rostro. Las compañeras la observaban y reían si la veían ensimismarse pensando en los besos de la noche anterior, en el fragor del hombre penetrándola en el lánguido silencio del taller después del último suspiro y antes de volver a oír de nuevo el estruendo de las máquinas al amanecer. Así que cuando la de turno, después de un acoso descarado, se rendía a Leo y a los pocos días volvía a ser ignorada, algunas se alegraban por dentro, aunque fingieran el trato amable, otras en cambio maldecían a Leo. En el taller no eran solo las planchas y los motores los que calentaban el ambiente, el fuego ardía dentro de cada pecho y la desgracia ajena servía muchas veces para amortiguar la propia.

Luego, cuando de nuevo volvía la rutina y las ansias perdían su ímpetu, a alguna que otra se le atragantó el celo y el loco frenesí al no llegarle la regla, justo entonces los ojos perdían su brillo, a la piel se le apagaba el lustro y los labios dibujaban ineludibles muecas de amargura, era entonces que o bien tenía que afrontar sola las consecuencias del desliz, y estar marcada y lastrada de por vida por los propios iguales, o bien había que retomar las relaciones con el antiguo novio o buscarse uno a toda prisa, porque Leo, claro está, no quería saber nada del asunto. Entonces aparecían los miedos, las medias palabras, las confidencias, el murmullo, al tiempo que las familias llegaban a acuerdos para preparar de urgencia una habitación con cortina y colcha nueva, compradas a débito, y correr a la iglesia a cumplir con el sacramento. Todo ello derivaba en comadres malmetiendo, arrogantes los padres del novio como quienes conceden el certificado de honra, que si bien no dudaban de la paternidad de su hijo, sí guardaban cierto recelo de la honestidad de la novia, y zalameros los de la novia porque el neonato tendría nombre y apellidos. Fiesta corta fingiendo alegría, vino peleón para los hombres que se volvería agrio, y suspiros, bizcotelas y rosoli para las mujeres, que les trabarán la lengua entre rubores y deseos inconfesables, y a las casadas, añoranza de otra noche de bodas imposible.

Miseria y cansancio, rencillas y envidias, asco y odio, pasión y deseo, tristeza y angustia, bullían en este taller ubicado a las afueras del pueblo, en un barrio aparentemente tranquilo y

sosegado, en que el silencio, a veces, era roto por el llanto de un niño, la voz estrepitosa de una vecina, el ruidoso rodar de cualquier cacharro a motor sobre un pavimento casi desempedrado, el melodioso pífano de un afilador o la voz de un latonero restañando cacerolas o la de un vendedor ambulante ofertando mercadería, rasgando la quietud de un barrio en el que los efluvios a pobreza y abandono flotaban por doquier. Alguna que otra vez, por el contrario, la calle se alegraba con la voz melodiosa proveniente de una de esas radios de cretona entonando cualquier copla de la Piquer o de otra de las reinas que el dial musicaba y que salía por cualquier ventana abierta, o bien con la voz de cualquier mujer que intentaba remedar la voz de la radio a unísono compás, como si de un karaoke se tratara, mientras hacía sábado o remendaba cualquier calzón roto echándole un zurcido o volviéndole el cuello demasiado rozado a una chaqueta o a una camisa, o bien haciéndole un pantaloncito con peto al pequeño, con cualquier retal robado del taller en cualquier despiste de la gobernanta.

La guerra civil había arrastrado un ambiente del miedo que aún pervivía en el aire y acentuado las desconfianzas y las oleadas de mezquinas venganzas, el hambre se palpaba en los barrios obreros. Eran tiempos difíciles para todos. Los hombres con la represión se habían amansado por ese fantasma implacable del miedo a la denuncia, a la arbitraria justicia en manos de cualquiera, con uniforme o sin él y con razón o sin ella, solo por la soberbia de demostrar un poder que no era sino una revancha rastrera tanto más peligrosa en cuanto no se fraguaba en el campo de batalla sino que se recocía en los predios de los señoritos, al pie del tajo, en las fábricas, en los talleres, en la atención prestada en los organismos oficiales, en la calle misma, en la vida rutinaria, etcétera. Era la guerra vengativa a manos de una oligarquía déspota y autoritaria que había proliferado en la posguerra bajo el aura de una conciencia vencedora. Las guerras las ganan los miserables que luego saben manejar los hilos y pasan factura cuando ha acabado todo y luchan a toda costa por mantener el miedo y que nada cambie su situación de privilegio. La represión, la tortura, las detenciones y un sin fin de calamidades abrigaban con su negra toca la existencia de innumerables familias.

Para las mujeres había dos clases de hombres, los vecinos del barrio, que se desesperaban sin trabajo, o buscándolo inútilmente, cada día para volver derrotados al refugio de la taberna, al

alcohol barato, a las riñas entre iguales, a la violencia, a la animalidad, para volver luego a casa, al cuchitril del cuarto realquilado donde la familia se hacinaba esperando un pedazo pan que echarse a la boca, y descargar sobre ella a rudos golpes su impotencia. Y luego estaban los extraños, mirados con recelo, porque siempre pisaban el barrio en busca de algo, nunca por nada: poner multas, indagar el paradero de algún sospechoso, fiscalizar alguna tienda, etc. Estos eran los hombres extraños, siempre con corbatas y coderas rozadas pero con autoridad suficiente como para entrar hasta los corrales, denunciar si había algún horno de pan clandestino, alguna cochinera con cerdos sin declarar o algún cobertizo donde guardar género de estraperlo y que beneficiándose de su posición buscaban satisfacer su apetito sexual, su desenfrenado deseo a costa de algún favor o chantaje a cualquier mujer, cuyo marido penaba en la cárcel por agredir a un cualquiera con el don obligado por delante. Esta era la amenaza que se cernía a diario sobre el barrio —y cómo no, sobre el taller—, pero muy especialmente sobre las muchachas jóvenes, a partir de los once o doce años ya podían despertar los sucios instintos de algún individuo con botas altas y antojo de virgo intacto.

María, la madre de Lucía, sabía, como lo sabían todas las madres con hijas tocadas por el hambre, que estaban en el punto de mira de estos depravados individuos. A ella se lo planteó Leo casi por derecho, pero le contestó con tanta frialdad y tanta inquina de que lo rajaría como a un cerdo, que desde entonces les guardaba la distancia, no obstante, María sabía que cada día que pasara, al capataz le nacería hacia Lucía un nuevo pensamiento aún más turbio y corrompido. Ella, sin cerrar los ojos a la amenaza, se hacía más fuerte cuando miraba a otras madres cuyas hijas, endurecidas de golpe, cambiaban las lágrimas por un descaro desconocido y, olvidados los pudores, se pintaban los labios y se ponían colonia barata en los pechos recién florecidos, antes de salir cada tarde sin decir adónde, aunque los tacones prematuros, la inequívoca combinación de seda, el bolso color chillón, el generoso escote, así como como el nuevo contoneo y el lunar ficticio en la comisura de los labios, lo pregonaran a voces, para volver, agriada de olores ajenos, cuando en las calles solo habitaba el silencio.

María, la madre de Lucía, sabía que el hambre no podía ser pretexto para caer en la deshonra, igual que sabía que aquél era el pretexto de silencio de las madres que consentían. Era la cruz

más oculta de la moneda, el pulso de la vida diaria latía en estas mujeres, depositarias de una rebeldía contenida, del sacrificio, del sufrimiento en silencio, del llanto sin lágrimas, de la impotencia reprimida...

Una tarde María encontró a Lucía sentada en el suelo en el último rincón oscuro de la casa. Allí lloraba abrazada a sus piernas encogidas bajo una falda empapada en su propia sangre que le mojaba los muslos. No mediaron palabra alguna, bastó la mirada de Lucía para que su madre lo comprendiera todo. María lanzó un grito de dolor que le salió de lo más hondo de las entrañas, acarició a su hija y la ayudó a asearse y a recomponerse. Su respiración jadeante delataba que en su interior se debatía una lucha de titanes, pero ya no dijo nada. Nunca nada.

Cada día acudía al taller erguida, sin lágrimas, con la mirada perdida y una fuerza incontenible creciéndole por dentro. Había transcurrido un par de semanas o tres cuando encontraron a Leo electrocutado al pie de la plancha donde María trabajaba. Las mujeres se acercaron a verlo a medida que entraban y algunas incluso remolonearon alrededor de la guardia civil para ver si sacaban alguna información, hasta que el juez y el forense mandaron despejar el taller. Días después se supo, según el propio forense concluyó, que una aciaga combinación de circunstancias había causado el dramático desenlace: una fuga de agua de la caldera de la plancha en contacto con un cable rozado produjo la malograda electrocución.

Nueve meses después, cuando, Lucía alumbró una niña, todas las compañeras del taller miraron a María con respeto y a Lucía le regalaron un ajuar de recién nacido, una cuna de madera pintada de rosa y una estampa de la virgen de Nuestra Señora de la Consolación pegada en el cabecero.